

Biografía

ERCILIA LÓPEZ DE BLOMBERG

El 11 de agosto de 1865, en el tramo inicial de la guerra contra la Triple Alianza, nace **ERCILIA LÓPEZ CARRILLO** y **OTAZÚ MACHAÍN** de la unión del coronel **VENANCIO LÓPEZ** y doña **MANUELA OTAZÚ MACHAÍN**. Era, por consecuencia, nieta de don **CARLOS ANTONIO LÓPEZ** y sobrina del Mariscal, además de prima de dos valiosos exponentes de la intelectualidad nacional: don **ENRIQUE SOLANO LÓPEZ** y don **ARSENIO LÓPEZ DECOUD**.

Cuenta apenas tres años cuando con su madre y sus hermanitos Venancio y Carlos, integra la dolorosa peregrinación que sucede al abandono de la capital. Pasa después a residir con los suyos en Buenos Aires, donde transcurrirá su existencia.

Allí estudia, en el colegio particular que regentan **MISS MARGARITA COLCLUGH** y Mrs. Brenan, y aprende idiomas. Se cumple así el deseo de su padre, que había recomendado que sus hijos se educaran en Inglaterra o, de no ser posible, en institutos extranjeros de aquella ciudad argentina.

Recuérdase que un día fue Sarmiento a examinar a las alumnas y que después de hacerlo con la pequeña paraguaya comentó: “Es curioso que del corazón de Sud América haya salido una niña de este color y este cerebro”. (El cutis de Ercilia era célebre por su delicadeza y blancura).

En las aulas había hecho amistad con las hijas de don Eduardo Madero, personaje importante de la sociedad porteña, quien al encontrarla una vez, pone una mano sobre su cabecita y dice: “¡Pobrecita!”. Ercilia, orgullosa como era, le pregunta: “¿Por qué, don Eduardo?”; a lo que éste responde: “Porque si la rueda de la fortuna hubiera girado a la inversa, serías casi una princesa”.

Terminado el genocidio del pueblo paraguayo y a poco de retiradas las tropas invasoras de ocupación, vuelve doña Manuela, ya muy quebrantada de salud, con la intención de liquidar sus bienes. Tiene pocas esperanzas de vida y quiere sentir de nuevo la tibieza de la tierra natal. Y con ella está, adolescente de trece años, aquella hijita que la acompañara en la tristeza y el éxodo.

Pero no sólo es una joven bella y recatada sino que asoman en su espíritu inquietudes literarias, de las que había sido su mentor un tío paralítico de Miss Colclugh, estudioso y artista, que buscaba solaz en la música y la poesía. Y así aparece en el diario “**EL COMERCIO**”, de Asunción, el 3 de junio de 1879, “**AL PARAGUAY**”, poema patriótico en doce estrofas.

Al año siguiente muere doña Manuela y Ercilia pasa a vivir con el general **BENIGNO FERREIRA** y su esposa doña **CARMEN MORA**. Es designado tutor suyo el Dr. **LOVAT A. MULCAHY**, profesor de inglés y presidente honorario de la Asociación Amigos de la Educación.

El 29 de noviembre de 1886, en la iglesia de la Merced, de Buenos Aires, monseñor **ANTONIO RASORE** bendice su casamiento con el Ing. **PEDRO BLOMBERG**, argentino descendiente de suecos. De ese matrimonio nacen seis mujeres y un varón: éste el poeta **HÉCTOR PEDRO BLOMBERG**, en cuya obra abundan los temas paraguayos.

Enviudó joven todavía, dedicándose al hogar, a la atención de sus niños y al cuidado de los rosales que, plantados en su solar de Ituzaingó, constituían su orgullo. En 1915 comienza a colaborar con el periodismo, especialmente en “**LA PRENSA**”, donde gana un concurso literario, en “**LA RAZÓN**”, “**MUNDO ARGENTINO**” y en “**EL MONITOR DE LA EDUCACIÓN COMÚN**”, en tareas tanto de escritora como de traductora.

En esta última revista publica, en 1921, su extenso ensayo gramatical sobre el guaraní, complementado por un trabajo inédito relativo a los guaraníes. Debe señalarse que frecuentemente concurría a su casa el guaraníólogo don Eduardo Saguier, con quien dialogaba en la lengua vernácula.

Hay que decir que en sus 94 años de ausencia del Paraguay, en un medio extraño a las tradiciones nativas, doña Ercilia

nunca olvidó el idioma ancestral, y que es más: supo estudiarlo con seriedad y hablarlo con fluidez.

Con posterioridad al fallecimiento de su hija Elena, ocurrido en 1920, escribe su segundo poema: "ELY" de sentida acentuación romántica, que permanece inédito.

Doña ERCILIA conservará una arraigada fidelidad a su país -característica de toda su familia- sin por ello dejar de distribuir la necesaria justicia histórica. Severas pero justas, aparte de no exentas de nobleza, fueron las palabras dedicadas a su tío, el Mariscal, tanto más valiosas si se evoca el trágico fin de su padre, el coronel don Venancio, y a su otro tío, don Benigno. Mantuvo siempre su equilibrio emocional en esta materia y fue siempre una López de pies a cabeza.

Murió doña ERCILIA el 10 de abril de 1962. Una solitaria y breve página de quien esto escribe: "LA NIETA DE DON CARLOS", aparecida en "PATRIA", fue toda la recordación. Antes sólo se habían ocupado de ella: el Dr. Cecilio Báez, en 1910, y Carlos R. Centurión en 1948 y 1961.

En su novela "DON INCA", retrata ámbito, gentes y acontecimientos del Paraguay de hace cien años.

Es una obra enteramente autobiográfica y de suma utilidad para conocer un tiempo lejano, apenas levantado de las penurias de la guerra.

Se trata asimismo, de un auténtico testimonio, uno de los pocos habidos en nuestra literatura. Su desarrollo cubre también un fragmento del romanticismo paraguayo, a cuya etapa final perteneciera nuestra escritora. Porque ella, como Alberdi, fue una ausente que nunca salió de su país. (1980)

Fuente: [ESCRITOS PARAGUAYOS – 1- INTRODUCCIÓN A LA CULTURA NACIONAL](#). Ensayos de RAÚL AMARAL. Esta es una edición digital corregida y aumentada por la BVP, basada en las ediciones Mediterráneo (1984), la edición de Distribuidora Quevedo (2003), así como de fuentes del autor. Edición digital: BIBLIOTECA VIRTUAL DEL PARAGUAY

LÓPEZ DE BLOMBERG, ERCILIA

Ciudad de Asunción, 1865 - Buenos Aires, 1963. Narradora y poeta.

Fue hija del Coronel Venancio López y Manuela Otazú Machaín, y por consiguiente nieta del presidente Don Carlos Antonio López y sobrina del Mariscal Francisco Solano López. Antes de consumarse «el holocausto de Cerro Corá» (denominación dada por Raúl Amaral), fue a residir con su familia en Buenos Aires, donde inició su educación y su formación intelectual.

No obstante ello puede afirmarse que la autora no dejó de asistir a distancia a la evolución cultural de su país. Ya en 1910 el Doctor Cecilio Báez, en su recuento incluido en Resumen de la Historia del Paraguay, la consideraba como escritora paraguaya, que lo fue siempre y no sólo por su nacionalidad. Es más: publicó en la revista "EL MONITOR DE LA EDUCACIÓN COMÚN DE BUENOS AIRES" (1921) una gramática guaraní, no obstante su ausencia del país desde la niñez.

Dio a conocer en revistas porteñas numerosos relatos histórico-costumbristas, algunos de cuyos temas transmitió a su hijo, el valioso poeta argentino Héctor Pedro Blomberg (1889-1955), quien supo incorporarlos a su volumen de relatos: Los pájaros que lloran (1926).-

Han trascendido de su firma pocos poemas, algunos concebidos en la adolescencia y otros en la madurez, como el dedicado a su hija Ely. Su novela "DON INCA", editada enseguida de su muerte por sus familiares, pero escrita en 1920, es un insoslayable testimonio de la vida y costumbres paraguayas de las últimas dos décadas del siglo anterior, además de ser una obra «clave», de la que participan conocidos personajes de la política y la sociabilidad nacionales. [Ficha preparada por el profesor Raúl Amaral].-

(Fuente: "BREVE DICCIONARIO DE LA LITERATURA PARAGUAYA" / 2da. Edición – Autora: [TERESA MENDEZ-FAITH](#) . Editorial EL LECTOR, Asunción-Paraguay)

ERCILIA LÓPEZ DE BLOMBERG (1865-1965) : Ercilia López de Blomberg destaca como creadora de una novela, DON INCA, durante la década de los años veinte, que estuvo inédita hasta que su nieta, María Celia Velasco Blanco, la rescató para su publicación en 1965. Fue también poetisa, e hija del coronel Venancio López y Manuela Otazú Machaín,

y por consiguiente nieta de Carlos Antonio López y sobrina de Francisco Solano López, como hemos advertido anteriormente. Antes del final de la Guerra de la Triple Alianza emigró con su familia a Buenos Aires, donde cursó sus estudios formativos e intelectuales. Sin embargo, a pesar de la distancia, mantuvo un fuerte lazo con la corriente nativista romántica propia de la narrativa paraguaya de la época en que vivió. Dio a conocer en revistas de Buenos Aires algunos relatos histórico-costumbristas. Su hijo fue el poeta argentino Héctor Pedro Blomberg (1889-1955).

La novela DON INCA (a juicio de Teresa Méndez-Faith tomado de los datos de Raúl Amaral) «es un insoslayable testimonio de la vida y costumbres paraguayas de las últimas dos décadas del siglo anterior, además de ser una obra 'clave' de la que participan conocidos personajes de la política y la sociabilidad nacionales». Queda perfectamente resumido el sentido de la obra con esta valoración. Es verdaderamente un modelo de novela romántica paraguaya por sus características de sentimentalismo, estereotipos perfectamente delimitados e incluso idealizados, morosidad narrativa, separación precisa de los personajes de distintos estamentos sociales y conservadurismo con alineación de aristocracia local frente al pueblo, historicismo, detallismo descriptivo y realismo visual, y conflictos amorosos de compleja resolución. El trasfondo histórico sobresale del ambiente y de los personajes de ficción.

Algunos personajes expresan el sentimiento paraguayo de la autora, conectando el Paraguay con la capital porteña. Se localiza en 1889, cuando el país guaraní se reconstruye después de la Guerra de la Triple Alianza, episodio visto en la novela como una epopeya a pesar de ser una tragedia. Las ruinas del país se elevan sobre los supervivientes. Pero como novela romántica que es, la llegada del protagonista, un extranjero al que los lugareños apodan Don Inca, sugiere diversas situaciones expresadas con morosidad. La autora enfatiza a un coro de personajes que intenta convertirse en representación social paraguaya, donde el peso de la historia les obsesiona y ocupa buena parte de sus conversaciones, como ocurría durante esta época.

El fragmento que hemos seleccionado corresponde al capítulo XXII de la novela. La autora reproduce al principio una conversación entre varias mujeres, y los celos que Don Inca siente por la posibilidad de perder el amor de Mónica. La novela presenta bastantes fragmentos que reflejan el pensamiento sexista de la época y la sensibilidad romántica de los personajes. Es esta sensibilidad en el trazo de los personajes femeninos lo que diferencia a Don Inca de otras obras coetáneas, aunque no difieren demasiado de las producciones decimonónicas folletinescas. La preocupación de las mujeres, especialmente de Mónica, es la verdadera muestra de su papel postrado en la sociedad. Pero el hombre, a pesar de su inteligencia, parece un ser torpe cuando el espíritu maternal de la narradora omnisciente le obliga a sentirse celoso y a mostrar que la mujer puede «dom(in)arlo» con sentimientos amorosos profundos.

Fuente: [Narradoras paraguayas \(antología\)](#) - [José Vicente Peiró](#), [Guido Rodríguez Alcalá](#) [recopiladores]. Edición digital: Alicante : [Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#), 2000. N. sobre edición original: Edición digital basada en la de Asunción (Paraguay), Expolibro, 1999.

Don Inca (Capítulo XIII)

DON INCA (Capítulo XIII)

El invierno había sido tan templado que se había podido vivir al aire libre. Hacia el mes de agosto comenzaron a caer lluvias continuas, alternadas con días helados y secos, de viento Sud.

En la Casa de Campo fue preciso cambiar de vida. Genoveva esperaba el correo de Buenos Aires, que era lo único que daba alguna animación a Fernanda.

La mesita de ajedrez fue colocada en el corredor, encima de una piel de tigre, y el sillón de Fernanda se forró con tupidas mantas y mullidos almohadones de plumas.

Los postigos abiertos dejaban ver a través de los vidrios la tristeza de los días lluviosos o grises, o la violencia con que se retorcián los árboles y los arbustos y se balanceaban las enhiestas palmeras con sus largas hojas agitadas por el viento del Sur.

Mónica pasaba las horas inmóvil, con la frente apoyada en el vidrio de alguna ventana, mirando a través de los hilos cristalinos el paisaje familiar, casi invisible bajo la lluvia.

Algunas noches, después de cenar, se ponía a hojear libros de Genoveva, que luego dejaba con displicencia. María Josefa auguraba que al fin del invierno sus casas tendrían los techos como coladores y que los terneros se morirían por docenas en San Joaquín; a veces recorría lentamente las habitaciones pasando las cuentas de su rosario.

Felipe se encerraba en su escritorio a leer, a escribir o a revisar viejos documentos. Genoveva pensaba con insistencia en

Buenos Aires, en las chimeneas encendidas con leños y rodeadas de visitas; en las calles mojadas vistas a través de los cristales brumosos de su carruaje; en las noches de ópera en el teatro Colón; en sus amigas alegres y bulliciosas, y esos recuerdos la ponían triste.

Todos iban y venían por la casa con semblantes mustios.

Narvárez y Gabriel escaseaban sus visitas y el aburrimiento y la melancolía se apoderaban de todos menos de Rosalía, que permanecía siempre amable y tranquila.

El arroyo desbordado inundaba una ancha zona de la explanada y contribuía a entristecer el paisaje.

Por fin cesaron las lluvias y los vientos. De la tierra húmeda se desprendía, como de un incensario, un vapor azulado, saturado de olor a yerbas, a hojas maceradas y a tierra mojada. El sol parecía un disco de cobre y el cielo tenía un color azul empañado.

Esta evaporación ardiente duró varios días. Una sorda inquietud parecía turbar a todos los seres. Los temibles reptiles de los trópicos salían de sus guaridas y parecían amodorrados.

Fernanda se ahogaba; no dormía ni comía y todos en la casa estaban afligidos.

Llegó un día caliginoso, asfixiante. Después de mediodía se amontonaron densos nubarrones hacia el Poniente y se oyó el lejano retumbar del trueno. Al caer el día se desencadenó una tempestad eléctrica de una grandiosidad imponente. Los vívidos zigzags de los relámpagos eran seguidos por una crepitación seca y fina, como de cristales que se rompen. Las grandes nubes eran súbitamente iluminadas por fugaces y repetidas luces cárdenas. Toda la naturaleza tenía algo de dramático, precursor de algún cataclismo.

Genoveva lloraba arrodillada al lado de su madre, a quien Rosalía y Lorenza daban aire agitando pantallas y haciéndole aspirar sales.

Con un crujido siniestro estalló un rayo cerca de la casa, luego otro más lejos y luego otro. El aire y la tierra parecían vibrar con un ruido sordo y ominoso. Había cerrado la noche cuando se desencadenó de golpe una lluvia torrencial, furiosa.

Hacia la medianoche las nubes se habían disipado descubriendo un cielo límpido y estrellado, y sobre la tierra en calma soplaban una brisa pura y fresca.

La mañana siguiente era de una belleza indescriptible. La vegetación, el cielo, el sol, parecían la creación reciente de un divino artista.

El arroyo, caudaloso y rápido, cubría las piedras y las orillas. Un jinete buscaba con precaución el vado.

-¡Es Gabriel! -exclamó Genoveva. Rosalía miró con los anteojos de teatro y dijo:

-Es verdad. ¡A esta hora! ¿Qué habrá sucedido?

El caballo de Gabriel se resistía a entrar en el arroyo, que desconocía a causa del gran caudal de agua y de las orillas cubiertas, y costó trabajo dominarlo. Cuando el jinete llegó a la casa, Rosalía se tranquilizó.

-¿Cómo pasaron la tormenta? ¿No hay novedad? -preguntó Gabriel.

-Ninguna. La pobre Fernanda ha estado padeciendo ahogos, pero el buen tiempo y un buen sueño la han repuesto. Allá anda paseando al sol.

-Pues yo tengo que contar toda una historia. Ayer estuve ocupado hasta las dos o tres de la tarde. A esa hora fui al correo y recogí la correspondencia para traerla. Creía poder llegar antes que cayera la tormenta que se armaba. Pero al salir del barrio de San Roque tuve la mala suerte de encontrarme con un importuno que me detuvo con su charla. Me sorprendió la noche y lo recio de la tormenta en la calle Ybyray, cerca de Téllez cué. Había peligro de cruzar la explanada durante la tormenta eléctrica y habría sido inútil buscar el vado en medio de la oscuridad y bajo el diluvio que cayó en seguida. Resolví quedarme donde estaba. Desde Téllez cué oyeron relinchar al caballo, que estaba medio loco, y salieron a ver. Me invitaron a entrar. Allá he cenado y he pasado la noche. De allá vengo. Ya sabíamos que el Inca es persona correcta; conversando con él se conoce que es hombre de muchas letras y de muchos viajes. Estoy obligado por su cortesía. Aquí está la correspondencia -añadió, sacando del bolsillo varias cartas.

Había para Fernanda, su hija y Felipe.

-¡Mamá! ¡Carta de Román! -exclamó Genoveva dejando sus cartas sobre la mesa y agitando en alto la de su hermano mientras corría hacia su madre. La carta decía:

«Querida mamá: Te escribo vestido con uniforme militar. Mis compañeros han formado un regimiento de rifles mandado por un coronel de Guardias Nacionales; yo los he acompañado, como es justo. Hacemos ejercicios militares y tenemos un cuartel alquilado, pero vivimos en nuestras casas respectivas y asistimos a clase. En los diarios leerás la causa de estas novedades que comprenderás cuando estés aquí. Te aseguro, mamá, que esto en nada afecta mis estudios.

No hay nada de particular en nuestra casa. Visito las casas amigas que me has indicado; en todas me llenan de agasajos y me encargan recuerdos para ti y para Genoveva. Hoy espero carta de ella; cuando la lea, volveré a escribir por este mismo correo, si hay tiempo. Que sigas bien, querida mamá. Un abrazo a mi hermanita y recuerdos a toda la familia y a Taná. Para ti todo el cariño de tu hijo. Román».

Esta carta dejó consternada a Fernanda, que continuó su paseo con el corazón latiéndole⁽¹¹⁾ tumultuosamente. ¡Román militar!

Genoveva, desconcertada, marcaba uno a uno los dobleces de esta carta afectuosa y sencilla que había causado una impresión tan inesperada y tan incomprensible para ella. Viendo que Fernanda quería meditar, se fue a abrir, ya sin entusiasmo, las cartas dirigidas a ella. Una amiga le describía a los elegantes «rifleros» paseando por la calle Florida con flores en el ojal y sombreritos de paja. «Román ha venido a hacerse admirar y lo hemos admirado, naturalmente. Están muy engreídos. Figúrate que cada niña elegante quiere tener novio riflero. Cada uno tiene varias novias. Román tiene tres, pero yo no quiero cometer indiscreciones. ¡Lo vieras llevándose la mano al bozo, dándose ínfulas y hablando de política, de Roca y de Tejedor! Aquí le tengo unas lindas violetas para sus novias. Como sé que no te gustan las cartas largas, me despido. ¿Cuándo vienes? Recuerdos de todos los de la casa y de todas las chicas».

Genoveva leyó otra carta análoga y una del viejo profesor a quien llamaban don Fadrique desde una lección interminable en que se describía la España de Don Pedro el Cruel. Luego las dobló, las guardó en sus sobres y quedó pensando en Buenos Aires.

Fernanda venía por el corredor caminando entre su cuñado y Gabriel.

-¿Malas noticias? -preguntó éste.

-Muy malas -repuso ella con voz débil.

-¿Está enfermo Román? -preguntó Felipe.

-No. No es eso -y le dio a leer la carta.

-Pero esto parece no tener importancia -dijo Felipe refiriéndose a la historia de los rifles-. Es un desplante de muchachos entusiastas en época de agitación política. Los estudiantes siempre salen bien de estas aventuras. No veo motivo de alarma.

-De todos modos, esto apresurará mi regreso -repuso Fernanda- ¿Estará todo pronto, Felipe?

-Todo. Tengo ya todos sus asuntos y sus papeles en orden.

-Entonces voy a tratar de estar en casa a fines del mes próximo.

La noticia de la próxima partida de Fernanda y su hija produjo conmoción en la Casa de Campo. Todos sabían que Fernanda nunca volvería, y el cariño y la estimación que se le profesaba buscaban la manera de expresarse.

Genoveva seguía sentada con sus cartas en la mano y el pensamiento en Buenos Aires, cuando Mónica se acercó a preguntarle:

-¿Quieres que salgamos a caballo esta mañana con Gabriel?

-Sí, estoy pronta, si Gabriel quiere -repuso la niña.

En un extremo del corredor conversaban Felipe y Gabriel; este contaba su aventura de la noche anterior y hablaba del Inca. Felipe escuchaba pasándose la mano por la barba. Había temido que el espíritu romántico y novelero de Genoveva se sintiera atraído por el desconocido y había guardado prudente distancia. Pero ahora que la niña estaría preocupada por su viaje ya próximo, no había peligro. En cuanto a Mónica, no creyó ni remotamente que aquel desconocido triste, silencioso y elusivo pudiera despertar su interés. Juzgaba más peligroso a cierto compatriota simpático, brillante y prestigioso.

-No debemos quedar en deuda con el Inca -dijo Felipe-. Vete a acompañar a las chicas. Yo mandaré a Lo-i a Téllez cué con una esquela invitando a almorzar al Inca en tu nombre y en el mío.

-Bueno, tío Felipe. Usted tendrá gusto en tratarlo.

Las niñas, con sombreros y guantes puestos, vinieron a buscar al primo. Cuando la cabalgata se alejaba de la casa, se oyó la voz de Narváez que gritaba:

-¿Para dónde, señoritas y caballero?

-¡Coronel, venga con nosotros! -gritó Genoveva.

-Yo voy siempre con las niñas bonitas -dijo alegremente el veterano acercándose a ella, que se había detenido a esperarlo.

-¿Y adónde vamos?

-A Arce cue, a la Trinidad y a despedirme de doña Casiana -repuso la niña.

-¿Por qué a despedirte?

-Porque dentro de poco nos iremos a Buenos Aires mamá y yo.

-¡A Buenos Aires! ¡No lo permitiremos, aunque yo tenga que embargar el viaje! ¡No faltaba más! -exclamó el coronel.

-¿Ha visto, don Nicolás? -dijo Mónica-. ¡Nos abandonan!

Genoveva sonreía, pero sus párpados se agitaron para disipar algo que velaba sus ojos. No dijo nada.

Detrás de una loma se abría una calle de arena que llevaba directamente al naranjal de Arce cué. La arena húmeda y roja formaba un vivo contraste con el verde intenso de los rosales silvestres y con las favoritas que caían sobre el camino, brotando de los costados abruptos de las alturas que encajonaban la carretera en un largo trecho y sobre cuyos bordes parecían asomarse los ceibos, los granados silvestres y las pomarosas.

Al lado de este camino corría con violencia un cristalino raudal que después de las grandes lluvias bajaba a engrosar el caudal del arroyo Ibiray.

Genoveva contemplaba con melancolía toda esta belleza sabiendo que se despedía de ella.

El sol comenzaba a calentar; todo parecía nuevo, lleno de vida, intenso de color y de perfume en la campiña desierta y silenciosa. Al final de la roja carretera se veía la masa tupida y fragante del fresco follaje del naranjal.

Los gritos agudos de los loros que partían después de su banquete de naranjas, interrumpían el silencio que parecía cubrir tanta intensidad de vida. Genoveva no quiso detenerse y siguieron por un sendero que corría al borde del naranjal.

Arce cué, donde ella había nacido, apareció a su vista en un recodo del camino. El viejo edificio, con sus anchos corredores y sus toscos pilares de ladrillo, estaba desierto y cerrado, rodeado de palmeras y rosales trepadores que comenzaban a florecer. Sobre el tejado se habían posado numerosos pájaros que aliñaban sus hermosas plumas, cuyos colores de esmalte brillaban al sol. Genoveva desmontó, y dejando su caballo a don Nicolás se dirigió al montecito de frutales seguida de sus primos. Iba a visitar el manantial cuyas aguas frescas y purísimas eran famosas en toda la comarca.

Avanzaban apartando las ramas de las que se levantaban en multitudes las mariposas que se habían anticipado a la primavera.

Sobre la cuenca de piedra roja, reflejándose en la linfa azul del manantial, se inclinaban las ramas de un gran árbol de hojas menudas; la fuente natural estaba rodeada de helechos de una finura casi inmaterial. Genoveva los apartó suavemente, se arrodilló sobre la piedra, e inclinándose, levantó agua en el hueco de la mano y la llevó a los labios. Luego se puso en pie, y aspirando a plenos pulmones el aroma agreste y penetrante, se puso a pasear bajo los árboles, pensativa y silenciosa, hasta que Mónica la llamó.

Volvieron al corredor donde había quedado el coronel fumando un puro criollo, cuidando los caballos y pensando en los antiguos moradores de Arce cué. Montaron de nuevo y se pusieron en camino hacia la Trinidad.

La iglesia estaba cerrada. Sobre las tejas desteñidas revoloteaban bandadas de blancas y místicas palomas.

¡Qué soledad y qué silencio! -pensaba Genoveva, sintiendo la honda melancolía que parecía desprenderse de esta gran iglesia desierta y abandonada.

Las enredaderas que abrazaban los pilares de los claustros laterales mecían blandamente sus guirnaldas.

A la media hora de haber salido de la Trinidad llegaron a la casita de doña Casiana, quien recibió a sus visitas con una áspera bondad usual. Cuando Genoveva le anunció su próxima partida, se contrajo el rostro apergaminado de la anciana señora y sus dedos descarnados arrugaron⁽¹²⁾ nerviosamente el merino negro de la falda.

-¡Y yo no he visto a doña Fernanda! -murmuró-. Pero ¿cómo? Ni a caballo ni a pie puedo salir... ¡En fin!

Después de un momento entró a la casa y volvió a salir llevando un objeto en la mano.

-¡Quién sabe si te veré más, Genoveva! -exclamó con tristeza-. Lleva esta pobreza y consérvala en memoria de quien está agradecida a tu padre y a tu madre. Y que Dios te dé su bendición. Ahora ustedes ya no vendrán a verme -dijo con voz agria la pobre vieja solitaria dirigiéndose a sus otras visitas.

Todos prometieron volver y se despidieron. Al llegar al recodo del camino se volvieron a mirar la puerta del cercado donde se había apoyado la anciana para verlos partir. Las niñas agitaron sus pañuelos y los hombres sus sombreros en afectuosa despedida.

-No me despediré de nadie más hasta el día mismo de la partida -decía Genoveva-. Es triste despedirse -y se detuvo para mirar el regalo, «la pobreza» de doña Casiana. Era^[49] un pesado jarro de plata labrada, envuelto en un pañito bordado.

-Este es trabajo muy antiguo -dijo el coronel examinándolo-. En casa hay uno parecido a este. Ya que tanto te gusta, le diré a Leocadia que te lo envíe.

Después de un momento de silencio, Genoveva dijo:

-Me ha impresionado la tristeza de la pobre viejita y me he olvidado de preguntarle una cosa que sólo ella puede saber.

-¿Y qué es? -preguntó Narváez.

-Quiero saber quién era una señora chiquita, muy viejita, que está sentada detrás de la media puerta cerrada de su casa, en la calle del Sol, una puerta verde que se cierra hasta la mitad y queda como un balcón, y la mitad de arriba se abre como una ventana. A esa viejita la llaman la Niña Francia, aunque su nombre es Eduarda; no habla ni ha hablado jamás con nadie y nadie sabe quién es. La mantienen dos mulatas viejas, madre e hija, que hacen y venden chipá ordinario. Siempre ha vivido en esa misma casa. Tía Rosalía me ha contado todo esto.

-Se cree que es hija del Doctor Francia -dijo Narváez.

-El Doctor Francia le habrá prohibido hablar y ella sigue obedeciéndole después de muerto. Como Estigarribia II, conservará hasta el fin de su vida la impresión de terror que el Dictador sabía inspirar -agregó Gabriel.

-¿Y no se te ha ocurrido preguntar quién es doña Casiana? -dijo el Coronel.

-No... Es verdad... ¿Quién es?

-Cuando yo era joven -comenzó el veterano-, ella era tal como es ahora. Dicen que el marido era un hacendado muy rico y muy bueno. Se cuentan de él muchas rarezas. Encontrándose en un gran peligro, en el Chaco Norte, hizo promesa de hacer poner piso de plata a la capilla de su estancia si se salvaba. Salvó, y el piso fue cubierto con grandes y gruesas monedas Carlos IV, de plata del Potosí. Un buen día, sin causa alguna, se le notificó que debía pagar una de las tremendas multas que el Doctor Francia imponía «porque sí». Pagó, pero el hombre quedó cambiado, un poco loco. A los dos o tres años, ¡otra multa! No alcanzó a cubrirla. Lo encerraron en la famosa cárcel subterránea y allí murió el pobre. A la mujer la recogieron unos parientes. Después recibió en herencia esa casa y el campito a la entrada de Ñu guazú, cerca de la quinta de tu padre. Allí vive de su huerta y de sus cabras lecheras. Nunca se ha quejado ni ha hablado de su desgracia.

-¡Basta de doña Casiana y del Doctor Francia!, ¿quieren? -exclamó Mónica-. Los caballos van pisando su sombra; ya ha de ser mediodía.

Y lanzó su caballo al galope; los demás la siguieron. En la calle de árboles que costeara la estación pusieron las cabalgaduras al paso.

Fuente: [Narradoras paraguayas \(antología\)](#) - [José Vicente Peiró](#), [Guido Rodríguez Alcalá](#) [recopiladores]. Edición digital: Alicante : [Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#), 2000. N. sobre edición original: Edición digital basada en la de Asunción (Paraguay), Expolibro, 1999.

Ingresar al Perfil Completo en PortalGuarani.com ➤

Portal Guarani © 2024

Contacto: info@portalguarani.com

Asunción - Paraguay